

LOS SUSURROS DEL RÍO CALLADO



CARLA LORENA AYALA REY - VÍCTOR RODRIGO RUIZ GUZMÁN

MARLON FERNANDO PILLAJO CASTRO - JOSELYN VANESSA MORALES BARRERA

Créditos

“LOS SUSURROS DEL RÍO CALLADO”

**CARLA LORENA AYALA REY
VICTOR RODRIGO RUIZ GUZMÁN
MARLON FERNANDO PILLAJO CASTRO
JOSELYN VANESSA MORALES BARRERA**

Primera edición digital:

978-9942-7434-3-5

Revisión científica:

Dra. Angelita Martínez – Universidad de Buenos Aires

Phd. Marcia Arbustín – Universidad Nacional de Rosario

Publicación autorizada por: La Comisión Editorial presidida por Andrea Maribel Aldaz

Corrección de estilo y diseño: MSC. Valentina Chulde

Imagen de cubierta: Diseño del autor

Derechos reservados. Se prohíbe la reproducción de esta obra por cualquier medio impreso, reprográfico o electrónico. El contenido, uso de fotografía, gráficos, cuadros, tablas, y referencias es de exclusiva responsabilidad de los autores.

Los derechos de esta edición Impresa son del autor



Biografías

CARLA LORENA AYALA REY

Es una psicóloga con 39 años de edad y una sólida trayectoria de más de 16 años, especializada en la **consultoría privada para niños, adolescentes y mujeres**. A lo largo de su carrera, se ha distinguido por su constante compromiso con la capacitación y actualización profesional, centrándose en temas cruciales como la educación, la violencia de género y diversas ramas de la psicología.

Carla es **psicóloga** por la Universidad de Cuenca, y ha complementado su formación con un **Diplomado en Duelos Emocionales** de la Universidad de Valencia, España, y una **Maestría en Educación** de la Universidad de Milagros. Además, ha sido certificada como **facilitadora en temas de violencia** por la Universidad Católica del Ecuador.

Su vasta experiencia laboral incluye 12 años como **docente para el Ministerio de Educación**, donde ha trabajado con niños y adolescentes. Ha colaborado con instituciones importantes de Cuenca, como el MIESS y el 911, así como con la Universidad Politécnica Salesiana. En Ambato, ha ejercido como psicóloga en programas como ALOHA y TAHU, y en el Departamento de Consejería Estudiantil (DECE) de la Unidad Educativa Santa Rosa.

Carla se destaca por sus habilidades en el trabajo con niños y adolescentes, y por su activa participación en conferencias, talleres y conversatorios sobre

educación, psicología y violencia. Su dedicación y experiencia la convierten en una **capacitadora invaluable**, reconocida por su capacidad para impartir conocimientos y generar impacto positivo en su campo.

VICTOR RODRIGO RUIZ GUZMÁN

Cursó sus estudios superiores en la Universidad Técnica de Ambato, donde obtuvo su formación profesional. Posteriormente, alcanzó una maestría en Innovación Educativa en la Universidad Tecnológica Equinoccial, fortaleciendo así su preparación académica y pedagógica. Actualmente se desempeña como docente de Matemática en la Unidad Educativa Juan B. Vela, donde imparte clases en el nivel de Educación Básica Superior y en Bachillerato, acumulando 12 años de experiencia en el ámbito educativo.

A lo largo de su trayectoria ha participado en múltiples capacitaciones impartidas por instituciones públicas y privadas, lo que le ha permitido enriquecer sus conocimientos y actualizar sus estrategias metodológicas en beneficio de sus estudiantes. Además, posee conocimientos en otras ramas profesionales como la contabilidad, lo que complementa su perfil y le otorga una visión interdisciplinaria.

Su compromiso con la educación se refleja no solo en el aula, sino también en su constante disposición para colaborar y apoyar en diversas actividades institucionales. Su vocación docente se orienta a fomentar el aprendizaje significativo, el pensamiento crítico y el desarrollo integral de sus estudiantes.

MARLON FERNANDO PILLAJO CASTRO

Marlon Fernando Pillajo Castro es un destacado profesional ecuatoriano en el campo de la psicopedagogía y la educación básica, comprometido con el desarrollo integral de los estudiantes y la inclusión educativa. Licenciado en Psicopedagogía y con una Maestría en Educación Básica, ha complementado su formación académica con múltiples capacitaciones en metodologías de enseñanza, estrategias de aprendizaje y atención a personas con Necesidades Educativas Específicas, consolidando así una sólida trayectoria en el ámbito pedagógico.

En el ejercicio profesional, ha desempeñado funciones clave dentro del Departamento de Consejería Estudiantil, aportando con su experiencia en procesos de acompañamiento y orientación educativa. Asimismo, ha impartido diversas cátedras que reflejan su compromiso con la enseñanza y la innovación pedagógica. Actualmente se desempeña como Coordinador de Aula en la Universidad Regional Autónoma de los Andes, donde contribuye activamente en la gestión académica y en el fortalecimiento de la calidad educativa.

Su trabajo se caracteriza por la vocación de servicio, la sensibilidad hacia la diversidad estudiantil y el impulso de prácticas inclusivas que garantizan una educación equitativa. Con una visión centrada en la atención a estudiantes con Necesidades Educativas

Específicas, ha orientado su trayectoria a la construcción de espacios educativos más justos y accesibles, consolidándose como un referente en el ámbito psicopedagógico y en la gestión educativa universitaria.

JOSELYN VANESSA MORALES BARRERA

de 28 años de edad, nació y reside en Pelileo, Ecuador. Es Licenciada en Ciencias de la Educación Inicial por la Universidad Técnica de Ambato. Cuenta con una Maestría en Didáctica de las Matemáticas en Educación Infantil y Primaria y actualmente cursa una Maestría en Pedagogía en Formación Técnica y Profesional, formación que ha ampliado su enfoque metodológico y compromiso con la excelencia educativa.

Actualmente se desempeña como docente en un Centro de Desarrollo Infantil, donde promueve el desarrollo integral de los niños mediante metodologías activas, participativas y centradas en el juego. Además, ejerce como Coach en ALOHA Mental Arithmetic, programa con el cual potencia las habilidades de aritmética mental en niños a través de estrategias lúdicas e innovadoras.

A lo largo de su trayectoria, ha participado en numerosos cursos y seminarios en el área educativa. Se caracteriza por ser cooperativa, creativa, competitiva y resolutiva, con alto sentido de responsabilidad, deseos de superación y apertura a nuevos desafíos profesionales.

Prólogo

Hay ríos que rugen con la fuerza de las tormentas y otros que se entregan al rumor de lo cotidiano. Pero también existen aquellos que, a simple vista, parecen callados, inmutables, como si fueran apenas un espejo dormido en medio del paisaje. Es en esos ríos silenciosos donde nacen los verdaderos secretos: los susurros. Porque no hace falta un grito para que una historia permanezca, basta con un murmullo escondido entre las piedras, un eco tenue que se resiste a ser olvidado.

Los susurros del río callado es un libro tejido con esas voces invisibles. Cada cuento que lo habita es un remanso donde la memoria se asienta, donde lo mágico y lo humano se encuentran sin estridencias, con la naturalidad de lo inevitable. Aquí, el río no es solo escenario: es confidente, guardián y testigo. Es ese espacio en el que las vidas se reflejan como hojas arrastradas por la corriente, que aunque parecen frágiles, contienen la fuerza de lo que alguna vez estuvo vivo.

En estas páginas, los relatos se despliegan como aguas que avanzan sin prisa, pero con destino cierto. Hay historias que hablan de amores que se desvanecen con la espuma, de pérdidas que se hunden como piedras en el fondo, de infancias que descubren el misterio en lo más simple, y de memorias que se niegan a morir porque el agua siempre encuentra cómo regresar. Lo real y lo fantástico se confunden, como sucede tantas veces en la vida misma: basta un reflejo para dudar de lo que creemos cierto, basta un silencio para escuchar más allá de lo evidente.

El lector está invitado a sumergirse en este río de palabras como quien se acerca a escuchar un secreto. No encontrará aquí estruendos ni fuegos artificiales: encontrará murmullos, confidencias que se deslizan al oído y que, poco a poco, se transforman en preguntas. ¿Qué historias guardan las aguas que vemos pasar sin detenernos? ¿Qué memorias se esconden bajo el rumor de lo callado? ¿Qué partes de nosotros mismos se revelan en el eco de un cuento?

Cada relato que compone este libro es una invitación a detenerse, a recuperar la capacidad de escuchar. Vivimos en un tiempo en el que las voces se superponen, en el que la prisa impide atender los detalles, y en el que el silencio parece un lujo olvidado. Por eso, este libro nace como un acto de resistencia: para recordarnos que el silencio también habla, que los susurros guardan tanta fuerza como los gritos, y que la literatura, como un río, siempre encuentra la forma de atravesar los caminos más insospechados.

Quizás, al cerrar estas páginas, el lector descubra que no ha leído simples cuentos, sino que ha caminado a la orilla de un río distinto: uno que lo mira y le devuelve el reflejo de sus propias memorias. Porque los susurros que aquí se enuncian no pertenecen solo a quienes los escribieron, sino también a quienes se atreven a escucharlos. Y en ese acto íntimo, entre el rumor del agua y el silencio compartido, nace la verdadera magia de este libro.

El puente de madera

El puente se alzaba como un viejo guardián sobre el río, un esqueleto de madera que desafiaba el paso del tiempo. Nadie recordaba con certeza quién lo había construido, ni cuándo, pero todos coincidían en que siempre había estado allí, uniendo las dos orillas como un suspiro alargado en medio del paisaje. Sus tablones, carcomidos por la humedad y desgastados por las pisadas de generaciones, crujían con cada paso como si hablaran un idioma secreto, hecho de recuerdos y despedidas.

La brisa de la tarde acariciaba las barandas torcidas, impregnadas de musgo y líquenes que brillaban con un verde húmedo. El olor a madera mojada se mezclaba con el aroma dulce de los eucaliptos cercanos y con el frescor mineral del agua que golpeaba las rocas del lecho. Debajo, el río no rugía ni callaba: murmuraba, como un anciano que cuenta una historia interminable, paciente y constante.

Clara se detuvo en la entrada del puente. No lo veía desde hacía más de veinte años. La

última vez que lo cruzó, tenía diez, y lo hizo de la mano de su abuelo. Recordaba perfectamente cómo él, con su andar cansado y su bastón golpeando los tablones, le dijo: —Escucha, Clara. Un puente nunca es solo un camino para llegar al otro lado; también es un lugar para entender lo que dejas atrás.

Aquella frase había quedado grabada en su memoria como un eco persistente, aunque entonces no la comprendió del todo. Ahora, adulta, regresaba al mismo lugar cargando un peso distinto: el de una familia dividida.

El río no solo separaba dos pueblos, sino también dos ramas de su propia sangre. A un lado, la familia de su madre; al otro, la de su padre. Ambos linajes habían vivido enemistados durante décadas por la disputa de una tierra fértil, un pedazo de campo que había terminado por sembrar rencores más profundos que las raíces de los árboles. Esa herencia maldita había roto celebraciones, apagado fiestas y marcado silencios en las sobremesas. Clara creció escuchando murmullos de reproches y miradas esquivas, como si el río se hubiera convertido en cómplice de una herida que no cicatrizaba.

Ese día, había recibido una invitación para asistir a una reunión del lado paterno. Su padre, ya envejecido, quería verla y tender un gesto de reconciliación. Pero aceptar esa invitación significaba cruzar el puente, y con ello, enfrentar el juicio silencioso de los del otro lado. El miedo la atenazaba: ¿sería vista como una traidora? ¿O como una cobarde si no se atrevía a cruzar?

Se acercó despacio. El primer tablón gimió bajo su peso, como si reconociera su regreso. El corazón le latía con fuerza, y en ese instante sintió que cada crujido era la voz de su abuelo acompañándola. Cerró los ojos y escuchó: el viento entre las ramas, el murmullo del río, el roce de su respiración. Todo parecía conjurarse para recordarle que los puentes existen para desafiar los abismos.

A medida que avanzaba, la memoria se mezclaba con el presente. Vio en su mente escenas de infancia: ella corriendo por las tablas mientras su abuelo reía; su madre llamándola desde la orilla con voz preocupada; los colores del atardecer reflejándose en el agua como brasas encendidas. El puente no era solo un camino:

era un cofre de recuerdos, un testigo silencioso de la vida que había transcurrido a su alrededor.

En la mitad, se detuvo. Desde allí, el río parecía más bravo, golpeando contra las rocas con un rugido sordo. Clara sintió vértigo, no solo por la altura, sino porque entendió que estaba en el umbral de una decisión que cambiaría su historia. Podía regresar y permanecer atada a las cadenas del rencor heredado, o podía seguir adelante y comenzar a escribir un relato distinto.

Inspiró profundo, dejando que el aire húmedo llenara sus pulmones, y dio un paso más. Y luego otro. El puente crujió, pero en lugar de quebrarse, se afirmó bajo sus pies, como si aprobara su determinación. El miedo comenzó a diluirse, reemplazado por una certeza serena: los puentes no se construyen para perpetuar divisiones, sino para demostrar que siempre hay un camino hacia el encuentro.

Cuando Clara pisó el último tablón, no solo había cruzado un río. Había cruzado también la frontera invisible de los miedos heredados.

Delante de ella se abría el pueblo de su padre, con sus calles empedradas, sus ventanas iluminadas, y la posibilidad de reconciliarse con ambas partes de su vida. No sabía si el conflicto familiar se resolvería pronto, pero algo dentro de ella había cambiado: ya no se sentía prisionera de una historia impuesta, sino protagonista de una nueva.

El puente de madera, con sus grietas y cicatrices, le había dado la lección más importante: los puentes no son solo maderos que sostienen pasos, sino símbolos de coraje, memoria y transformación. Y mientras el río seguía murmurando, Clara comprendió que, en la vida, siempre hay que atreverse a cruzar.

Taller de Comprensión Lectora

Texto base: *El puente de madera*

Objetivo del taller

Desarrollar en los estudiantes habilidades de **comprensión lectora** (literal, inferencial y crítica), a través de actividades dinámicas que fortalezcan la **predicción, análisis de personajes, interpretación simbólica y reflexión sobre valores** como la reconciliación, la memoria y la superación de los miedos.

1. Actividades de Anticipación (Antes de leer)

1. Juego de asociaciones rápidas

- El docente escribe en la pizarra la palabra *puente*.
- Cada estudiante dice en voz alta lo primero que se le ocurre: *unión, cruce, miedo, encuentro, río, familia...*

- Se hace una lluvia de ideas y se anotan en el tablero.

2. Dinámica “Cruzando el río”

- Con cinta adhesiva se dibuja en el suelo un “puente” improvisado.
- Los estudiantes deben cruzar de un lado al otro representando emociones: miedo, valentía, alegría, duda.
- Luego reflexionan: ¿qué sentimos al cruzar de un lado a otro?

3. Preguntas disparadoras

- ¿Qué significa para ti un puente?
- ¿Crees que los puentes pueden ser símbolos, no solo construcciones? ¿De qué?
- ¿Qué piensas que podría suceder en un cuento titulado *El puente de madera*?

2. Actividades Durante la Lectura

1. Predicción en pausa

- Se lee hasta la parte en que Clara llega al puente.
- Pregunta: *¿Qué creen que pasará cuando lo cruce?*

2. **Caza de frases clave**

- Los estudiantes subrayan frases que transmitan emociones intensas (ejemplo: “El puente se alzaba como un anciano que, pese a sus heridas, seguía en pie”).
- Comparten por qué esas frases les llamaron la atención.

3. **Notas al margen o dibujos rápidos**

- En hojas de lectura, al lado de los párrafos, escriben pequeñas reacciones (*“Siente miedo”, “Está recordando”, “Tal vez se reconcilie”*).
- También pueden hacer dibujos rápidos de lo que imaginan (el puente, el río, el abuelo).

3. **Actividades Después de la Lectura**

Comprensión literal

- ¿Quién es Clara?
- ¿Qué recuerdo la une al puente?
- ¿Qué división existe en su familia?

Comprensión inferencial

- ¿Qué simboliza el puente para Clara?
- ¿Por qué el crujido de las tablas puede compararse con la voz del abuelo?
- ¿Qué significa “dejar atrás lo que se queda al otro lado”?

Comprensión crítica

- ¿Tú habrías cruzado el puente en su lugar? ¿Por qué?
- ¿Qué enseñanza nos deja la historia en la vida real?
- ¿Con qué experiencias personales puedes relacionar el cuento?

4. Dinámicas Lúdicas

1. Dramatización breve

- Grupos de 3 o 4 estudiantes representan la escena de Clara frente al puente, mostrando sus dudas y el momento en que decide cruzarlo.

2. **Finales alternativos**

- Cada grupo inventa un final distinto (fantástico, cómico, trágico, esperanzador) y lo comparte en voz alta.

3. **Rompecabezas de frases**

- Se reparten tiras con frases del cuento desordenadas. Los equipos deben ordenarlas para reconstruir un párrafo.

4. **Juego de roles**

- Un estudiante representa al puente, otro al río, otro a Clara y otro al abuelo.
- Conversan en improvisación: ¿qué le diría el puente a Clara? ¿Y el río?

5. Producto Final Creativo

- **Afiches ilustrados:** con frases y dibujos que simbolicen la enseñanza del cuento.
- **Cómics:** transformando el relato en viñetas breves.
- **Podcast o video corto:** estudiantes narran el cuento con música de fondo y efectos de río/crujidos.
- **Carta de Clara a su abuelo:** cada estudiante escribe una carta reflexionando sobre lo que aprendió del cruce.

6. Cierre Reflexivo

- **Frase inspiradora:** “Los puentes no están para dividir lo que el agua separa, sino para recordar que siempre existe un camino hacia el encuentro.”
- **Dinámica “Puentes en mi vida”:** cada estudiante escribe en un papel qué “puente” necesita cruzar en su

vida (un miedo, un reto, un sueño). Los papeles se guardan en una caja como símbolo de compromiso.

- **Conversación guiada:** ¿Cómo los puentes (reales o simbólicos) nos ayudan a crecer y a unirnos con los demás?

Las piedras que guardaban nombres

El puente de piedra se erguía como un anciano vigilante en medio del valle, sosteniendo sobre sus hombros siglos de memoria. Nadie sabía exactamente quién lo había construido, pero los más viejos del lugar contaban que lo habían levantado manos humildes, canteros y campesinos que no buscaban gloria, sino un paso seguro entre las dos orillas del río. Con el tiempo, aquel paso se convirtió en símbolo: primero de unión, después de disputa.

El arco, curvado con majestad, parecía la espalda de un gigante que se negaba a rendirse. Cada piedra estaba gastada por la lluvia, el sol y las pisadas de generaciones. Algunas tenían grietas que parecían arrugas profundas; otras, cicatrices de musgo y líquenes que brillaban en tonos verdes y dorados cuando la luz del atardecer las acariciaba. Pero lo que más llamaba la atención eran las inscripciones: nombres grabados con cuchillos, clavos, piedras afiladas. Algunos claros, otros borrosos, pero todos vivos. Era como si el puente respirara

a través de esas marcas, susurrando las historias de quienes lo habían cruzado.

Cuando el viento soplabla fuerte, el eco se colaba entre las rendijas y parecía pronunciar palabras olvidadas. Los niños del pueblo juraban escuchar risas y lamentos al caer la noche, como si las piedras guardaran voces atrapadas. Los ancianos decían que eran bendiciones y maldiciones, según quién hubiera dejado su nombre. Lo cierto es que, al tocar la superficie áspera de aquellas inscripciones, uno sentía un escalofrío recorrerle los dedos, como si la piedra tuviera un pulso propio.

Mateo se detuvo frente al puente con un nudo en la garganta. Tenía veintisiete años y, aunque había cruzado ese arco incontables veces en su infancia, no lo había hecho desde la muerte de su abuelo. Recordaba la voz grave de él:

—Cada piedra guarda un nombre, hijo. Y algún día, tú encontrarás el tuyo.

De niño, aquello le parecía un juego. Pasaba horas buscando letras, inventando historias,

convencido de que su destino estaba escrito en alguna hendidura. Pero ahora, el recuerdo tenía un peso distinto.

El pueblo vivía dividido. Al norte, la familia de su madre; al sur, la de su padre. Una disputa por tierras había convertido la sangre en frontera. Las fiestas dejaron de celebrarse juntos, los matrimonios se prohibieron, y hasta los muertos eran enterrados en cementerios separados. Lo que antes era un solo corazón, ahora eran dos mitades enfrentadas.

Mateo era hijo de esa grieta. De un lado, los ojos de su madre suplicándole que no olvidara sus raíces; del otro, la voz de su padre pidiéndole que honrara su apellido. En la última asamblea, ambos bandos lo habían puesto contra la pared: debía elegir a qué orilla pertenecer.

El joven miró el puente. El río rugía debajo, golpeando contra los pilares como un tambor grave. El aire olía a humedad y hojas podridas, y la bruma subía en espirales que parecían manos queriendo atraparlo. Sintió miedo. No de caer, sino de traicionarse.

—Abuelo —murmuró, acariciando una piedra con el dedo—, ¿dónde está mi nombre?

El viento le devolvió un murmullo. No era voz humana, pero sonaba como un consejo. Con paso lento, Mateo entró en el puente.

Cada piedra bajo sus pies parecía vibrar. Escuchaba el eco de antiguos pasos, como si estuviera acompañado. Vio mentalmente escenas que no había vivido: un joven declarando su amor con un grabado torpe; una madre tallando las iniciales de un hijo que partía a la guerra; dos enemigos que, en un instante de tregua, dejaron sus nombres juntos en una misma losa. El puente no era neutral: era memoria encarnada.

A mitad del camino, se detuvo. El río rugía con fuerza, como queriendo arrastrar sus dudas. Recordó a su madre diciéndole: “*Si eliges a los del sur, me pierdes*”. Y a su padre, susurrándole con dureza: “*Si eliges al norte, no vuelvas*”. La herida lo atravesaba como un rayo.

De pronto, vio algo en la piedra central del arco: una inscripción casi borrada por el tiempo. Se inclinó, y con la yema de los dedos siguió las hendiduras. Reconoció una letra, luego otra, y de pronto un nombre se reveló: **Simón**, el nombre de su abuelo. Al lado, un segundo grabado: **Elena**, el nombre de su abuela. Una del norte, otro del sur. Dos mundos distintos unidos en esa piedra.

Mateo sonrió con lágrimas en los ojos. Comprendió entonces lo que su abuelo había querido decirle: *“Tu nombre no está en un solo lado, está en el puente”*.

Respiró hondo y cruzó hasta el final. Al llegar, no se sentó ni con los del norte ni con los del sur en la asamblea. Se colocó en el centro, erguido como el mismo arco de piedra.

—Mi nombre ya está escrito —dijo con voz firme—. Está en las piedras que nos guardan a todos.

El silencio fue profundo. Algunos bajaron la mirada, otros apretaron los dientes, pero nadie se atrevió a contradecirlo. Por primera

vez en años, el puente dejó de ser frontera y volvió a ser símbolo.

Esa noche, Mateo regresó al arco. La luna bañaba las piedras con un resplandor plateado. Tocó la inscripción de sus abuelos y, en el reflejo del agua, creyó ver su propio nombre dibujado por la corriente. No necesitaba grabarlo: el puente ya lo contenía.

Y comprendió la enseñanza que lo acompañaría siempre: los puentes, como las piedras, no guardan posesiones. Guardan memorias. Y son ellas las que nos recuerdan que la verdadera pertenencia no está en un lado ni en otro, sino en el camino que une.

Taller de Comprensión Lectora

Texto base: *Las piedras que guardaban nombres*

Objetivo del taller

Fortalecer las habilidades de comprensión literal, inferencial y crítica a través de la lectura del cuento, promoviendo el análisis de personajes, la interpretación simbólica del puente y las piedras, así como la reflexión sobre valores como la identidad, la memoria y la unión frente a la división.

1. Actividades de Anticipación (Antes de leer)

1. Juego “Palabras escondidas en la piedra”

- El docente reparte tarjetas en forma de piedra con palabras como *nombre, memoria, unión, división, herencia, símbolo*.

- Los estudiantes, en grupos, inventan una frase corta con esas palabras.

2. Preguntas disparadoras

- ¿Alguna vez has escrito tu nombre en un árbol, una banca o una pared? ¿Por qué crees que la gente lo hace?
- ¿Qué significan para ti las piedras: solo objetos o también recuerdos?
- ¿Qué esperas de un cuento llamado *Las piedras que guardaban nombres*?

3. Dinámica “El muro de nombres”

- En el pizarrón se dibuja un muro de piedras. Cada estudiante escribe su nombre en una “piedra” y comparte qué legado o recuerdo le gustaría dejar en el mundo.

2. Actividades Durante la Lectura

1. Predicción en pausa

- Se lee hasta que Mateo llega al puente.
- Pregunta: *¿Qué creen que descubrirá al mirar las piedras?*

2. **Caza de frases simbólicas**

- Los estudiantes subrayan frases que transmitan misterio o valor simbólico (ejemplo: *“Cada piedra guarda un nombre, hijo. Y algún día, tú encontrarás el tuyo”*).
- En equipos, explican qué podrían significar esas frases más allá de lo literal.

3. **Notas al margen / dibujos rápidos**

- Mientras leen, anotan impresiones (*“El puente es como un personaje”, “El río refleja el conflicto”*).
- También pueden dibujar una piedra y escribir dentro una palabra que resuma lo que sienten al leer.

3. **Actividades Después de la Lectura**

Comprensión literal

- ¿Quién es Mateo?
- ¿Qué guardaban las piedras del puente?
- ¿Qué conflicto enfrentaba el pueblo?

Comprensión inferencial

- ¿Por qué Mateo no podía elegir solo un lado?
- ¿Qué representan las inscripciones de sus abuelos en el puente?
- ¿Por qué el puente es más un símbolo de unión que de división?

Comprensión crítica

- ¿Crees que escribir el nombre en una piedra es una forma de permanecer?
- ¿Qué puentes simbólicos necesitamos construir hoy en la sociedad?
- Si fueras Mateo, ¿qué decisión habrías tomado?

4. Dinámicas Lúdicas

1. Dramatización breve

- Grupos de 3–4 estudiantes representan a Mateo frente al puente, mostrando el dilema de elegir entre norte y sur.

2. Finales alternativos

- Cada grupo inventa un final distinto: uno donde Mateo elige un bando, otro donde destruye el puente, otro donde el río habla.

3. Quiz en equipo

- Se organizan preguntas rápidas tipo concurso: ¿Qué simbolizan las piedras? ¿Qué descubrió Mateo al leer los nombres?

4. Juego de roles

- Un estudiante es el puente, otro el río, otro Mateo, otro un abuelo. Hacen un diálogo improvisado sobre lo que significa “guardar un nombre”.

5. Producto Final Creativo

- **Afiches:** con ilustraciones del puente y frases que representen unión y memoria.
- **Cómics:** narrar el cuento en viñetas, resaltando la revelación de Mateo.
- **Podcast / video corto:** dramatización con narrador y sonidos de agua y viento.
- **Piedras de papel:** cada estudiante escribe en una “piedra” de cartulina su legado o sueño y se arma un “puente simbólico” en el aula.

6. Cierre Reflexivo

- **Frase inspiradora:** *“Los nombres grabados no son posesiones, sino memorias compartidas”.*
- **Lluvia de ideas:** ¿qué puentes (reales o simbólicos) necesitamos en nuestra vida para unirnos más con los demás?
- **Conversación guiada:** conectar el dilema de Mateo con las divisiones actuales (familiares, sociales, culturales).

El pez que soñaba con volar

El puente de madera se extendía sobre el río como un suspiro suspendido entre dos orillas. Era viejo, y cada tabla parecía contar la historia de quienes lo habían cruzado antes. Sus barandas, torcidas por el tiempo, estaban cubiertas de líquenes, y al pisarlo, un crujido seco recordaba la fragilidad de lo humano frente a los años. El aire alrededor olía a agua dulce y a madera húmeda; a veces, cuando el viento soplabla fuerte, el puente emitía un lamento sordo, como un ave que intenta extender sus alas cansadas.

Bajo ese puente vivía un pez diferente a los demás. No era más grande ni más brillante, pero tenía una obsesión que lo distinguía: soñaba con volar. Mientras los otros peces se conformaban con nadar contracorriente o esconderse entre las piedras, él pasaba horas mirando hacia arriba, hacia ese cielo azul que se abría como un océano imposible. Cada tarde, veía a las aves planear sobre el río y sentía un anhelo tan profundo que casi lo desgarraba.

Los ancianos del río se burlaban de él. —Un pez no está hecho para el aire —le decían—. No hay puente que te lleve hasta allá arriba.

Pero el pez no desistía. Había escuchado historias de que, bajo el puente, se escondían corrientes secretas, remolinos capaces de elevar lo que se atreviera a entregarse. Y creía, con la fe de un niño, que algún día encontraría ese camino.

En una de esas tardes de contemplación, apareció Lucía, una niña del pueblo cercano. Tenía doce años y los ojos llenos de preguntas. Había ido al puente a llorar, pues sus padres discutían sin cesar y amenazaban con separarse. Se inclinó sobre la baranda y, entre las aguas transparentes, descubrió al pez solitario que saltaba una y otra vez, como intentando romper el aire.

—¿Qué haces? —le preguntó en voz baja, como si él pudiera escucharla.

El pez respondió con un salto más alto que los anteriores, dejando su cuerpo brillando al sol por un instante. Lucía sonrió entre

lágrimas.

—Tú también quieres escapar, ¿verdad?

Desde aquel día, volvió cada tarde. Le llevaba migas de pan y le contaba sus miedos. El pez parecía escucharla con atención, nadando en círculos bajo el puente. Ella le confesaba lo que no podía decirle a nadie: el miedo de tener que elegir entre vivir con su madre o con su padre, el dolor de sentirse dividida como el río mismo.

Un día, la corriente del río aumentó con la lluvia, y el agua golpeaba con furia los pilares del puente. Lucía llegó empapada, temblando. Se asomó y no vio al pez. Desesperada, gritó su nombre —aunque nunca le había puesto uno— y en ese instante lo vio lanzarse fuera del agua con más fuerza que nunca. Subió tanto que por un momento pareció tocar el aire, rozar el cielo que tanto deseaba. Pero luego cayó, golpeado por la corriente.

Lucía corrió hasta el final del puente. El pez luchaba contra el torrente, atrapado en un remolino. Sin pensarlo, bajó hasta la orilla, extendió sus manos y lo sostuvo entre los

dedos. Su piel fría y resbaladiza latía con una fuerza desesperada. Lo miró a los ojos y entendió: no era ella quien debía salvarlo, sino él quien la estaba salvando a ella.

Lo devolvió al agua calma, río abajo. El pez se alejó con un movimiento ágil, como si la corriente ya no fuera un enemigo, sino un par de alas invisibles.

Esa noche, Lucía cruzó el puente hasta la casa de su padre. Decidió que no permitiría que la forzaran a elegir: ella pertenecería a ambos mundos, como el río pertenece a ambas orillas. El puente no era solo un paso entre dos pueblos, sino un recordatorio de que uno puede habitar en la unión, no en la división.

Al día siguiente volvió al puente. El pez estaba allí, nadando tranquilo. No había volado, pero algo había cambiado: ya no parecía un prisionero del agua, sino un viajero que había aprendido a aceptar sus propios límites sin renunciar a sus sueños.

Lucía sonrió. Comprendió que los puentes, como los peces que sueñan con volar, existen

para recordarnos que siempre es posible
buscar otro horizonte. Que tal vez nunca
lleguemos a tocar el cielo, pero en el intento
descubrimos la fuerza de seguir nadando.

Taller de Comprensión Lectora

Texto base: *El pez que soñaba con volar*

Objetivo del taller

Desarrollar en los estudiantes la capacidad de **comprender, inferir e interpretar símbolos y metáforas** presentes en el cuento, fomentando el **análisis de personajes, la identificación de valores como la perseverancia y la esperanza**, así como la reflexión crítica sobre los sueños y los retos personales.

1. Actividades de Anticipación (Antes de leer)

1. Juego “Si pudiera...”

- Cada estudiante completa la frase: “*Si pudiera ser un animal, sería... porque...*”.
- Luego se comparte en grupo y se reflexiona sobre los deseos imposibles o poco comunes.

2. Preguntas disparadoras

- ¿Crees que los animales sueñan?
- ¿Qué pasaría si un pez quisiera volar?
- ¿Alguna vez has tenido un sueño que parecía imposible?

3. Dinámica breve: “El puente de los sueños”

- Con cinta en el piso se dibuja un puente. Cada estudiante, al cruzarlo, dice en voz alta un sueño que tiene (real o fantástico).

2. Actividades Durante la Lectura

1. Predicciones en pausa

- Al inicio: *¿Crees que el pez logrará volar? ¿Cómo podría hacerlo?*
- A la mitad: cuando Lucía observa al pez, *¿qué crees que sucederá entre ellos?*

2. Caza de frases clave

- Subrayar frases con fuerza poética o simbólica (ej. “*no era más grande ni más brillante, pero soñaba con volar*”).
- Comentar en parejas qué significan esas frases más allá de lo literal.

3. Notas y dibujos al margen

- Mientras leen, escriben reacciones rápidas (“*El pez representa los sueños*”, “*Lucía también quiere escapar*”).
- Opcional: dibujar al pez saltando hacia el cielo o al puente como un símbolo de unión.

3. Actividades Después de la Lectura

Comprensión literal

- ¿Quién es Lucía?
- ¿Qué soñaba el pez?
- ¿Qué hacía la niña con los papeles?

Comprensión inferencial

- ¿Qué simboliza el pez?
- ¿En qué se parecen el deseo del pez y la situación de Lucía?
- ¿Por qué el río puede interpretarse como un obstáculo y a la vez como un apoyo?

Comprensión crítica

- ¿Es importante tener sueños aunque parezcan imposibles? ¿Por qué?
- ¿Qué significa “aprender a aceptar los propios límites sin dejar de soñar”?
- ¿Qué puentes debemos cruzar en la vida para alcanzar nuestros sueños?

4. Dinámicas Lúdicas

1. Dramatización breve

- Un grupo representa al pez, otro a Lucía, otro al río y otro al puente. Dramatizan la escena de la tormenta o el salto del pez.

2. Finales alternativos

- En equipos, crean un final distinto: ¿y si el pez volaba realmente? ¿y si Lucía decidía no volver al puente?

3. Quiz en equipo

- Concurso con preguntas rápidas: ¿Qué soñaba el pez? ¿Qué hacía Lucía en el puente? ¿Qué representa el río?

4. Rompecabezas de frases

- Repartir frases del cuento desordenadas. Los equipos deben unirlos para reconstruir la trama.

5. Producto Final Creativo

- **Afiches:** ilustraciones del pez y Lucía con frases inspiradoras sobre los sueños.
- **Cómics:** narración en viñetas de la historia.
- **Podcast / video corto:** narrar el cuento con efectos de agua y viento.
- **Escrito breve:** *“El sueño imposible que yo también quisiera alcanzar”*.

6. Cierre Reflexivo

- **Frase inspiradora:** “*Quizás nunca toquemos el cielo, pero en el intento descubrimos la fuerza de seguir nadando*”.
- **Lluvia de ideas:** cada estudiante escribe en una tarjeta cuál es su “sueño imposible”. Se pegan en un mural llamado *El puente de los sueños*.
- **Conversación guiada:** ¿Qué nos enseña el pez sobre no rendirse? ¿Qué aprendemos de Lucía sobre afrontar los conflictos familiares?

Sombras en la orilla

El puente de madera se alzaba cansado sobre el río, como un viajero que ha visto demasiados caminos. Sus tablones oscuros crujían con un gemido áspero al menor contacto, y el musgo que trepaba por las barandas le daba el aspecto de un anciano cubierto de cicatrices. El aire, húmedo y espeso, olía a madera podrida y a hojas en descomposición, mezclado con el frescor metálico del agua que corría debajo. En las tardes, cuando el sol se despedía tras las montañas, la sombra del puente se extendía sobre el río, dividiéndolo en dos mitades: un espejo de oro y un abismo oscuro.

Los lugareños evitaban cruzarlo al caer la noche. Decían que, en las orillas, aparecían sombras extrañas, figuras que imitaban a los caminantes pero siempre un paso detrás, como ecos del pasado. Nadie sabía de dónde venían, ni qué querían, pero todos coincidían en que el puente guardaba secretos que era mejor no despertar.

Ana recordaba bien esas advertencias. De niña, había escuchado a su madre repetirle

cada vez que jugaba cerca del río:
—Nunca cruces el puente de noche, hija. Las
sombras en la orilla pueden confundirte.

Entonces se reía y lo tomaba como una
leyenda para asustar niños. Pero esa noche,
tras tantos años, la advertencia resonaba
como una campana lejana.

Había vuelto al pueblo para el funeral de su
madre. El camino de regreso fue un nudo de
silencios: el pueblo cambiado, las casas más
vacías, los rostros marcados por el tiempo. Y
allí estaba el puente, esperándola, igual que
siempre. Ana debía cruzarlo para llegar a la
casa de su infancia, ahora solitaria, llena de
recuerdos y de polvo.

Se detuvo frente a la entrada. La luna
derramaba una luz pálida sobre la madera, y
el viento parecía susurrar entre las tablas
flojas. Cerró los ojos y vio, como en un
destello, a su hermano Tomás corriendo
delante de ella, gritando que no lo alcanzaría
nunca. Lo recordó golpeando las barandas
con un palo, como si fueran tambores,
mientras ella lo seguía con la risa
desbordada. Pero también lo recordó

enojado, en aquella última discusión antes de marcharse: “*Eres tú la que rompe los lazos, Ana*”. Desde entonces, no había vuelto a verlo.

Con el corazón apretado, dio el primer paso. El crujido del tablón resonó en la noche como un lamento. Avanzó despacio, sintiendo el aire denso pegársele a la piel. El río rugía más fuerte en medio del silencio, y el olor a humedad se hizo más intenso. Entonces, en el rabillo del ojo, creyó ver una figura en la orilla: una silueta oscura, que caminaba a su ritmo.

Se detuvo en seco. La sombra también. El pulso le martillaba en las sienes.

—No es real —murmuró—. Solo es la luz.

Intentó convencerse, pero al avanzar un paso, la figura avanzó también. Su respiración se volvió agitada. Sentía que alguien la observaba desde más allá del tiempo. Y de pronto, con un escalofrío que le recorrió la espalda, comprendió que aquella sombra no era ajena. Tenía un gesto

conocido, una forma de andar que reconocería en cualquier lugar: era Tomás.

Las lágrimas brotaron sin permiso. El puente se convirtió en un corredor de memorias. Vio a su hermano adolescente lanzándole piedras al agua, escuchó de nuevo su risa burlona, y luego su voz quebrada en aquella última pelea: “*Siempre eliges huir, Ana*”.

Ana apoyó las manos en la baranda húmeda
y susurró, temblando:
—Perdóname, Tomás.

El río respondió con un murmullo más fuerte, como si repitiera sus palabras. La sombra pareció inclinar la cabeza, y por un instante, ella creyó sentir que alguien caminaba a su lado, invisible pero presente.

Siguió andando. Cada tablón parecía exigirle un recuerdo. El olor a madera vieja se mezclaba con el perfume dulce de los sauces en la orilla, y el sonido del agua la envolvía como una canción antigua. Ya no sentía miedo, sino una extraña calma. La sombra la acompañaba, no como amenaza, sino como compañía.

Al llegar al final del puente, se detuvo. Detrás quedaba la orilla de la que partió, delante la casa que la esperaba como un cofre polvoriento. En ese instante comprendió: el puente no unía solo dos pueblos, sino también dos tiempos, dos versiones de sí misma. La niña que había sido y la mujer que ahora era se daban la mano en esos tablones gastados.

Respiró hondo. No había logrado reconciliarse con su hermano en vida, pero al cruzar había entendido que las sombras no son fantasmas enemigos, sino memorias que buscan reconciliación. El puente, con su madera cansada, había sido el escenario para un encuentro que parecía imposible.

Esa noche, cuando entró en la casa y encendió la lámpara, sintió que el aire no estaba tan vacío. En algún lugar, Tomás la había escuchado.

Y entonces supo la verdad: los puentes no son solo pasos entre orillas. Son lugares donde la memoria y el presente se encuentran, donde las sombras se

transforman en huellas, y donde el miedo puede convertirse en perdón.

Taller de Comprensión Lectora

Texto base: *Sombras en la orilla*

Objetivo del taller

Desarrollar en los estudiantes habilidades de **comprensión literal, inferencial y crítica**, mediante la interpretación de símbolos (el puente, las sombras, el río), el **análisis de personajes** y la **reflexión sobre valores** como la reconciliación, el perdón y la memoria.

1. Actividades de Anticipación (Antes de leer)

1. Juego “Sombras en la pared”

- Se proyecta luz con una linterna y los estudiantes hacen siluetas con las manos.
- Pregunta guía: ¿qué sentimos cuando vemos sombras? ¿miedo, curiosidad, misterio?

2. Preguntas disparadoras

- ¿Qué te recuerda la palabra *sombra*?
- ¿Crees que las sombras pueden representar recuerdos o personas ausentes?
- ¿Qué pasará en un cuento titulado *Sombras en la orilla*?

3. **Dinámica breve: “Puente imaginario”**

- En grupos, los estudiantes inventan qué podría conectar un puente misterioso: ¿dos pueblos?, ¿el pasado y el presente?, ¿la vida y la muerte?

2. **Actividades Durante la Lectura**

1. **Predicciones en pausa**

- Antes de que Ana cruce el puente: *¿Qué creen que encontrará en las sombras?*
- Al aparecer la silueta: *¿Será real, un fantasma, un recuerdo?*

2. **Señalar frases clave**

- Subrayar expresiones con fuerza poética o simbólica (ej.

“La sombra parecía tener un gesto que reconocía”).

- Comentar en parejas qué significan esas frases.

3. Notas al margen o dibujos rápidos

- Escribir reacciones como: *“Ana siente miedo”*, *“Esto representa el pasado”*.
- Dibujar la silueta de Ana frente al puente y al río.

3. Actividades Después de la Lectura

Comprensión literal

- ¿Por qué volvió Ana al pueblo?
- ¿Qué recordaba al estar en el puente?
- ¿Qué vio en la orilla del río?

Comprensión inferencial

- ¿Qué simbolizan las sombras que aparecen en la orilla?
- ¿Qué relación existe entre la sombra de su hermano y la culpa de Ana?
- ¿Por qué el puente no es solo un lugar físico sino también un puente hacia la reconciliación?

Comprensión crítica

- ¿Crees que todos tenemos “sombras” en nuestra vida?
- ¿Qué harías tú en el lugar de Ana: huirías, enfrentarías la sombra o intentarías reconciliarte?
- ¿Qué enseñanza podemos aplicar a la vida real sobre los recuerdos y los conflictos familiares?

4. Dinámicas Lúdicas

1. Dramatización breve

- Grupos de estudiantes representan a Ana frente al puente y la aparición de la sombra.

2. Finales alternativos

- Cada grupo crea un final distinto: uno feliz (Ana se reconcilia con su hermano), uno trágico (la sombra la arrastra al río), uno fantástico (el puente la transporta a otra época).

3. Quiz en equipo

- Concurso de preguntas rápidas sobre el cuento.

4. **Juego de roles**

- Un estudiante es Ana, otro el río, otro el puente y otro la sombra. Improvisan un diálogo: ¿qué le diría cada uno?

5. **Producto Final Creativo**

- **Afiches ilustrados:** con frases simbólicas como *“Las sombras no siempre son enemigos, a veces son recuerdos que buscan reconciliación”*.
- **Cómics:** narración en viñetas de Ana frente al puente y la sombra.
- **Podcast o video corto:** dramatización con narrador, efectos de agua y viento.
- **Escrito breve:** “La sombra que yo enfrentaría en mi vida es...”

6. Cierre Reflexivo

- **Frase inspiradora:** *“Las sombras no siempre significan oscuridad: a veces son la luz que nos recuerda quiénes fuimos y quiénes aún podemos reconciliar.”*
- **Lluvia de ideas:** ¿Qué “puentes” necesitamos cruzar para reconciliarnos con nuestras propias sombras?
- **Conversación guiada:** Conectar la historia con la vida real: recuerdos, errores o conflictos que deben transformarse en aprendizajes.

El barquero y la niña del silencio

El puente de madera se extendía sobre el río como un arco cansado, sostenido por tablones que habían visto más pasos que estrellas las noches de verano. Sus barandas, torcidas y cubiertas de líquenes, parecían huesos viejos que aún resistían el tiempo. Cada vez que alguien lo cruzaba, el puente respondía con un crujido grave, como la voz de un anciano que reclama ser escuchado. El olor a humedad impregnaba el aire, mezclándose con el perfume dulce de los sauces que inclinaban sus ramas hacia el agua.

Debajo del puente, la corriente era densa y oscura. Allí vivía el barquero, un hombre de cabellos grises y piel curtida por el sol. Nadie sabía con certeza su edad ni su historia, solo que había dedicado toda su vida a guiar a los viajeros de una orilla a la otra cuando el puente parecía demasiado frágil para sostenerlos. Conocía cada remolino del río, cada piedra sumergida, cada corriente oculta. Para él, el puente era más que una estructura: era un compañero de vida, un testigo de silencios y secretos.

Una tarde, mientras reparaba las sogas de su barca, el barquero la vio. Una niña de rostro pálido y ojos profundos se detuvo al inicio del puente. No dijo nada. Caminaba despacio, con pasos tan ligeros que parecían no pesar. El barquero la observó con atención: había algo en su manera de moverse, como si no perteneciera del todo a este mundo.

Los rumores del pueblo pronto le llegaron: la niña no hablaba. Nadie sabía por qué. Algunos decían que había nacido así, otros aseguraban que había perdido la voz tras una tragedia familiar. Lo cierto es que la llamaban **la niña del silencio**.

Cada día, al caer el sol, ella iba al puente. Tocaba la madera con la palma de la mano, como si intentara escuchar en los tablones lo que no podía decir. Luego se inclinaba sobre la baranda, mirando el agua correr, y permanecía allí hasta que la oscuridad envolvía todo.

El barquero comenzó a preocuparse. El río era traicionero, y las noches podían ser crueles. Una tarde se acercó y le habló con

voz baja, como quien se dirige a alguien frágil:

—¿Qué buscas en este puente, niña?

Ella no respondió. Solo levantó los ojos y lo miró, como si su silencio fuera una respuesta más poderosa que cualquier palabra. El barquero sintió un escalofrío, pero también una ternura inesperada.

Pasaron los días, y la niña volvió una y otra vez. A veces llevaba en las manos pequeños papeles doblados. Los lanzaba al agua y los veía flotar hasta desaparecer bajo el puente. Intrigado, el barquero recogió uno de esos papeles un amanecer. Al desplegarlo, encontró palabras escritas con una caligrafía temblorosa:

"Quiero volver a escuchar la voz de mi madre."

El corazón del barquero se estremeció. Comprendió que los papeles eran los gritos que la niña no podía pronunciar, mensajes que entregaba al río con la esperanza de que alguien, en algún lugar, los escuchara.

Una tarde de tormenta, el puente crujía bajo el viento y el agua golpeaba furiosa contra sus pilares. El barquero vio a la niña en el centro del puente, más frágil que nunca. Subió a su barca y remó hasta colocarse debajo. Desde allí, la llamó:

—¡No estás sola! El puente también guarda tu voz.

La niña lo miró con lágrimas en los ojos. Temblaba, como si el viento quisiera arrancarla. Entonces sucedió algo extraño: del otro lado del río, entre el ruido de la tormenta, se escuchó un susurro. Era una voz femenina, dulce y rota a la vez, que parecía nacer de las piedras del puente. La niña abrió los ojos con asombro: era la voz de su madre, que había muerto hacía un año.

—Sigue caminando, hija —decía la voz—. Cruza el puente. Yo estoy contigo en cada tablón.

La niña avanzó, paso a paso, mientras el puente crujía y el agua rugía con fuerza. El barquero la seguía con la mirada, convencido de que algo sagrado ocurría. Cuando ella

llegó a la otra orilla, el viento cesó de repente. La tormenta se deshizo como un velo, y el río volvió a ser un espejo oscuro y tranquilo.

Desde esa noche, la niña del silencio dejó de escribir papeles. Seguía visitando el puente, pero ya no con tristeza, sino con calma. A veces se sentaba en el centro, cerraba los ojos y parecía escuchar algo que nadie más podía oír. El barquero, sin preguntarle nada, entendió: había encontrado la manera de hablar con su madre, no con palabras, sino con ese silencio lleno de voces invisibles.

El tiempo pasó, y el pueblo comenzó a ver a la niña de otra manera. Ya no la llamaban con lástima, sino con respeto. Algunos decían que tenía un don, otros que el puente había elegido guardarle un secreto. El barquero, sin embargo, sabía que la verdad era más simple y más profunda: los puentes no son solo madera y clavos, son lugares donde los mundos se tocan, donde lo perdido puede volver en forma de susurro.

Una tarde, la niña se acercó al barquero y, por primera vez, escribió algo en un papel y

se lo entregó en lugar de lanzarlo al agua. El hombre lo abrió y leyó:

"Gracias. El puente me devolvió lo que creía perdido. Ahora sé que el silencio también puede ser voz."

El barquero guardó ese papel en su bolsillo, con la certeza de que nunca lo perdería. Miró el puente, cansado pero firme, y entendió que su misión también estaba cumplida: no era solo un hombre que llevaba a la gente de un lado a otro, era el guardián de un pasaje donde los vivos y los recuerdos se encontraban.

Esa noche, mientras el río murmuraba bajo la luna, el barquero reflexionó: los puentes son la prueba de que la distancia nunca es definitiva. Que siempre hay un camino, aunque crujan los tablones y el viento sople en contra. Que incluso el silencio puede transformarse en voz cuando uno se atreve a cruzar.

Y sonrió, porque había aprendido de la niña del silencio lo mismo que ella había aprendido del puente: que el verdadero viaje

no es de una orilla a otra, sino del miedo a la
esperanza.

Taller de Comprensión Lectora

Texto base: *El barquero y la niña del silencio*

Objetivo del taller

Desarrollar la capacidad de comprender, inferir e interpretar símbolos y metáforas presentes en el cuento, fomentando el análisis de personajes, la exploración del valor del silencio, la resiliencia y la importancia de los puentes como unión entre mundos.

1. Actividades de Anticipación (Antes de leer)

1. Juego “El eco del silencio”

- Los estudiantes se colocan en círculo.
- Uno dice una palabra en voz baja al oído del siguiente, y la cadena debe continuar hasta el final.

- Al comparar la primera palabra con la última, se reflexiona:
¿qué pasa con lo que callamos o transmitimos en silencio?

2. Preguntas disparadoras

- ¿Qué puede significar el silencio en una persona?
¿Fuerza, miedo, dolor, misterio?
- ¿Qué imágenes te vienen a la mente cuando escuchas “barquero”?
- ¿Qué crees que un cuento titulado *El barquero y la niña del silencio* podría contar?

3. Dinámica breve “Cruza el puente”

- Se coloca una cuerda o cinta en el suelo simulando un puente.
- Cada estudiante, al cruzarlo, debe compartir un recuerdo o un secreto breve (real o inventado).
- Esto activa la idea de cruzar entre dos mundos con palabras y silencios.

2. Actividades Durante la Lectura

1. Predicciones en pausa

- Al inicio: *¿Por qué creen que la niña no habla?*
- En la mitad: cuando la tormenta arrecia, *¿qué piensan que ocurrirá con la niña y el barquero?*

2. Caza de frases clave

- Subrayar o resaltar frases simbólicas (ej. *“El puente no solo unía orillas, también guardaba secretos”*).
- Conversar en parejas qué creen que significan esas frases.

3. Notas o dibujos al margen

- Escribir reacciones rápidas (*“El río parece un personaje”, “El silencio de la niña guarda dolor”*).
- Dibujar el puente con la niña en un lado y el barquero en el otro.

3. Actividades Después de la Lectura

Comprensión literal

- ¿Quién era el barquero y cuál era su tarea?
- ¿Qué hacía la niña con los papeles?
- ¿Qué ocurrió durante la tormenta en el puente?

Comprensión inferencial

- ¿Qué representa la niña del silencio?
- ¿Por qué el río puede considerarse un guardián de voces y memorias?
- ¿Qué significa que el puente “devuelva” la voz de su madre?

Comprensión crítica

- ¿Crees que el silencio también puede ser una forma de comunicarse?
- ¿Qué puentes simbólicos necesitamos cruzar cuando enfrentamos pérdidas o miedos?
- ¿Qué enseñanza del cuento aplicarías a tu vida?

4. Dinámicas Lúdicas

1. Dramatización breve

- Grupos representan la escena de la tormenta y el momento en que la niña escucha la voz de su madre.

2. Finales alternativos

- Equipos inventan finales distintos: uno donde la niña encuentra otra forma de hablar, otro donde el barquero revela un secreto, otro fantástico en el que la barca se convierte en un puente mágico.

3. Quiz en equipo

- Preguntas rápidas de opción múltiple sobre el cuento.

4. Juego de roles

- Un estudiante es el río, otro el puente, otro la niña y otro el barquero. Improvisan un diálogo sobre lo que cada uno piensa del silencio.

5. Producto Final Creativo

- **Afiches** con frases y dibujos que simbolicen el silencio y la esperanza.
- **Cómics** narrando la historia en viñetas.
- **Podcast** donde los estudiantes narren el cuento con sonidos de agua, viento y crujidos de madera.
- **Pequeños escritos:** *“El silencio que yo transformaría en voz es...”*.

6. Cierre Reflexivo

- **Frase inspiradora:** *“A veces el silencio habla más fuerte que mil palabras, y los puentes son la forma de escucharlo”*.
- **Lluvia de ideas:** ¿qué cosas llamamos que merecen ser escuchadas?
- **Conversación guiada:** relacionar el cuento con experiencias personales de comunicación, silencio y reconciliación.

Cartas que el río nunca entregó

El puente de piedra se extendía sobre el río como un arco cansado, con sus muros cubiertos de musgo y sus grietas llenas de humedad. Nadie recordaba con precisión cuándo había sido construido, pero todos sabían que allí se habían despedido generaciones enteras. Al pisarlo, las losas respondían con un eco grave, como si la memoria del tiempo se filtrara entre las piedras. El aire olía a río y a tierra mojada; el agua golpeaba con un murmullo constante, arrullando al viajero con un canto de despedida y regreso.

Decían los viejos del pueblo que bajo el puente había corrientes caprichosas que atrapaban lo que caía al agua: cartas, flores, objetos, hasta lágrimas. El río nunca entregaba lo que se le confiaba; todo quedaba guardado en su hondura misteriosa.

Clara conocía bien esa historia. De niña había lanzado allí sus primeras cartas: papeles torpes en los que escribía deseos

secretos, como “quiero que mamá deje de llorar” o “quiero que papá vuelva pronto”. Las veía flotar un instante y luego desaparecer en el remolino. Creía, ingenuamente, que llegarían a algún lugar más allá del horizonte. Pero nunca hubo respuesta.

Los años pasaron, y ahora Clara, ya adulta, estaba otra vez frente al puente. Había regresado después de mucho tiempo, llamada por la noticia de la muerte de su padre. Su madre le había pedido que no asistiera al entierro: “No tiene sentido remover heridas”, le había dicho con voz cansada. Sin embargo, algo dentro de ella la impulsaba a volver, a cruzar el puente que había marcado su infancia.

La tarde estaba gris. El viento soplaba frío y el olor a hojas secas flotaba en el aire. Clara acarició la baranda áspera y sintió un estremecimiento: cuántas veces había pasado por allí con su hermano, cuántas risas, cuántos secretos. Y también cuántos silencios, especialmente después de la separación de sus padres, cuando el puente se

convirtió en frontera entre las dos casas, las dos vidas, los dos bandos.

Se detuvo en medio del arco y sacó de su bolso un fajo de sobres amarillentos. Eran cartas que nunca había enviado. Cartas dirigidas a su padre, escritas a lo largo de los años, llenas de reproches, de preguntas, de anhelos: “¿Por qué te fuiste?”; “¿Sabes que aprendí a leer sola, porque mamá no tenía fuerzas para enseñarme?”; “Te extraño aunque no quiero admitirlo”. Nunca las había tenido el valor de enviar. Ahora, él ya no podía leerlas.

El conflicto la desgarraba. ¿Debía arrojarlas al río como cuando era niña? ¿Debía guardarlas como un peso eterno? ¿O debía quemarlas, dejar que el fuego las borrara?

El puente crujió bajo el viento, y Clara sintió que la observaba, como si la invitara a decidir. El río rugía con más fuerza, como exigiendo sus ofrendas. Y fue entonces cuando escuchó pasos.

Un anciano apareció en el extremo opuesto. Caminaba con lentitud, apoyándose en un

bastón. Su rostro estaba cubierto de arrugas profundas, pero sus ojos brillaban con una claridad inquietante. Se acercó a Clara y la saludó con un gesto suave.

—Has vuelto al puente —dijo, como si la conociera de siempre.

Ella lo miró con sorpresa.
—¿Quién es usted?

—Soy alguien que cruza con los que dudan.
—Sonrió con una ternura extraña—. El puente guarda más cartas de las que imaginas. Algunas pesan tanto que no dejan pasar a quienes las escribieron.

Clara apretó los sobres entre las manos.
—No sé qué hacer con ellas.

—El río nunca entrega lo que recibe, hija. —
El anciano señaló el agua—. Pero el puente sí. Cada vez que lo cruzas, dejas algo atrás y llevas algo nuevo contigo.

Ella lo escuchó en silencio. Sintió un temblor en el pecho: ¿era posible que esas cartas,

aunque nunca llegaran a destino, sirvieran para reconciliarla consigo misma?

Miró otra vez las cartas. Una por una, comenzó a leer fragmentos en voz baja. El aire parecía guardar cada palabra, y las piedras del puente, por un instante, resonaron como si respondieran. Cuando terminó, respiró profundamente y, en lugar de arrojarlas al agua, las apoyó sobre una grieta del muro.

—Que el puente las guarde —susurró.

El anciano asintió y comenzó a alejarse. Antes de desaparecer en la bruma, se volvió y dijo:
—Ahora ya no son cartas que el río nunca entregó. Son cartas que el puente conservará para que tu corazón aprenda a soltar.

Clara sintió que las lágrimas le corrían por las mejillas. Miró hacia la otra orilla y comprendió que debía seguir caminando. El puente crujió bajo sus pasos, pero no se rompió. Era como si celebrara la decisión de liberar lo no dicho.

Cuando llegó al final, el aire le pareció más liviano. El dolor seguía allí, pero ya no como un peso insoportable, sino como un eco que se desvanecía con el murmullo del río.

Esa noche, en la vieja casa familiar, Clara soñó con su padre. Él estaba sentado sobre el puente, sonriendo, y en sus manos sostenía una de las cartas que ella había escrito de niña. No decía nada, pero en su mirada había un perdón silencioso.

Al despertar, Clara supo que había cruzado algo más que un puente. Había dejado atrás el rencor y había encontrado una forma de reconciliarse con el pasado.

El viejo puente le había enseñado que no todo lo escrito necesita llegar al destinatario para cumplir su misión. Que algunas cartas, como algunos dolores, encuentran su lugar en los muros que unen orillas. Y que, a veces, lo más importante no es que el río entregue, sino que el corazón aprenda a soltar.

Taller de Comprensión Lectora

Texto base: *Cartas que el río nunca entregó*

Objetivo del taller

Desarrollar en los estudiantes la **comprensión literal, inferencial y crítica** a través del análisis de símbolos (cartas, río, puente), la **exploración de emociones humanas como el duelo, el perdón y la reconciliación**, y la **reflexión sobre cómo liberarse del pasado para construir el presente**.

1. Actividades de Anticipación (Antes de leer)

1. Dinámica “Cartas al viento”

- Cada estudiante escribe en un papel una frase corta con un deseo, un secreto o algo que nunca ha dicho.
- Se doblan los papeles y se lanzan al centro del aula (sin leerlos).

- Se reflexiona: *¿Por qué a veces escribimos cosas que nunca decimos en voz alta?*

2. Preguntas disparadoras

- ¿Crees que escribir cartas que nunca se envían tiene sentido?
- ¿Qué simboliza un río que arrastra cartas o mensajes?
- ¿Qué esperas encontrar en un cuento titulado *Cartas que el río nunca entregó?*

3. Juego rápido “El puente de palabras”

- Se dibuja un puente en el tablero. Cada estudiante dice una palabra que asocie con *puente, cartas o río*.
- Entre todos se construye un “puente” simbólico de ideas.

2. Actividades Durante la Lectura

1. Predicciones en pausa

- Antes de que Clara saque las cartas: *¿Qué creen que hará con ellas?*

- Cuando aparece el anciano:
¿Será real o simbólico? ¿Qué representa?

2. Frases clave

- Subrayar frases que contengan símbolos o reflexiones (ej. *“El río nunca entrega lo que recibe”*).
- Compartir en parejas qué interpretaciones pueden tener.

3. Notas al margen / dibujos rápidos

- Reacciones escritas: *“Ella está atrapada en el pasado”*, *“El puente es un guardián de memorias”*.
- Dibujo rápido: Clara en el puente con el río llevándose las cartas.

3. Actividades Después de la Lectura

Comprensión literal

- ¿Quién es Clara?
- ¿Qué guardaba en su bolso?

- ¿Qué le dijo el anciano sobre el río y el puente?

Comprensión inferencial

- ¿Por qué Clara nunca envió las cartas a su padre?
- ¿Qué simboliza el río que no entrega, y qué simboliza el puente que guarda?
- ¿Qué significa que Clara deje las cartas en las grietas del puente?

Comprensión crítica

- ¿Has escrito alguna vez algo que nunca te atreviste a decir?
- ¿Qué crees que pesa más: lo que decimos o lo que callamos?
- ¿Qué enseñanza del cuento aplicarías a tu propia vida?

4. Dinámicas Lúdicas

1. Dramatización breve

- Grupos representan la escena en la que Clara lee sus cartas en

voz alta y decide qué hacer con ellas.

2. Finales alternativos

- Un grupo imagina que Clara lanza las cartas al río.
- Otro, que las quema.
- Otro, que las entrega a otra persona.
- Se comparan los significados de cada final.

3. Quiz en equipo

- Preguntas rápidas sobre el cuento (personajes, símbolos, acciones).

4. Juego de roles

- Un estudiante es Clara, otro el río, otro el puente y otro el anciano.
- Cada uno expresa, en improvisación, lo que siente o representa.

5. Producto Final Creativo

- **Afiches** con frases del cuento y dibujos del río y el puente.

- **Cómics** narrando el conflicto de Clara y su decisión.
- **Podcast** donde los estudiantes lean el cuento con música y sonidos de agua.
- **Video breve** dramatizando la escena del puente.
- **Escrito personal:** *“Una carta que nunca entregué, pero que me liberó”.*

6. Cierre Reflexivo

- **Frase inspiradora:** *“No todo lo que escribimos necesita llegar a destino; a veces basta con que lo escuche nuestro propio corazón.”*
- **Lluvia de ideas:** ¿Qué cartas guardamos en silencio y qué podemos hacer para liberarnos de ellas?
- **Conversación guiada:** ¿Cómo los “puentes” en nuestra vida (familia, amistades, decisiones) nos ayudan a reconciliarnos con lo que callamos?

La casa hundida bajo el agua

El puente de madera se alzaba sobre el río como un viejo guardián que resiste, a pesar del tiempo. Sus tablones, carcomidos por la humedad, crujían con un lamento profundo cada vez que alguien se atrevía a cruzarlos. Las barandas, cubiertas de musgo, parecían huesos retorcidos que aún conservaban la memoria de quienes las habían tocado. En las mañanas, la neblina se posaba sobre el puente como un manto, y el agua, mansa y oscura, reflejaba apenas la silueta de esa estructura cansada que unía dos mundos: el del presente y el de los recuerdos.

En las noches de silencio, los ancianos del pueblo decían que, si uno se detenía en medio del puente y escuchaba con atención, podía oír un susurro extraño: no el murmullo del río, sino un eco más profundo, como de puertas cerrándose bajo el agua, como de voces atrapadas en un lugar oculto. Era la señal, decían, de que allí abajo, entre corrientes y sombras, aún se alzaban los restos de una casa que el río se había tragado hacía muchos años.

Esa leyenda acompañó siempre a Daniel. De niño, escuchaba a su abuela contarle la historia de aquella casa: blanca, con ventanas azules, construida en la orilla baja del río, cuando las aguas aún eran dóciles. Una crecida repentina la arrastró en una sola noche, llevándose con ella muebles, recuerdos y hasta un retrato antiguo de la familia. Desde entonces, todos repetían que la casa no había desaparecido del todo, que sus paredes dormían bajo el agua, esperando.

Daniel creció entre esa fantasía y el miedo. Nunca se atrevió a acercarse demasiado al puente después del anochecer. Pero ahora, adulto, se encontraba de pie al inicio de los tablones, enfrentando lo que siempre había evitado. Había vuelto al pueblo tras la muerte de su abuela, y la casa heredada al otro lado del río lo esperaba vacía. En su maleta llevaba cartas que nunca entregó, fotografías amarillentas y un dolor que se resistía a callar.

El puente lo recibía con su crujido. Cada paso era un gemido grave, como si la madera le reprochara la tardanza. El aire olía a humedad y a recuerdos húmedos, y el río

cantaba con su tono grave, arrastrando hojas y ramas. A mitad de camino, Daniel se detuvo. Cerró los ojos y respiró hondo. Sintió que no estaba solo.

De pronto, en el reflejo del agua, lo vio: una silueta de paredes torcidas, un tejado hundido, ventanas abiertas como ojos vacíos. La casa. Allí, bajo el agua, se dibujaba clara, como si el río la sostuviera todavía en su regazo. Daniel sintió un escalofrío. Recordó la voz de su abuela: *“El puente une lo que el agua separa, hijo. Pero también guarda lo que la memoria no quiere perder”*.

El conflicto lo desgarraba por dentro. Desde niño había culpado al río de la desgracia de su familia: la pérdida de aquella casa significó también la separación de los suyos. Sus padres discutieron sin tregua, reprochándose por haber vivido demasiado cerca del agua. Al final, se marcharon en direcciones distintas, dejando a Daniel dividido como el mismo cauce. Para él, la casa hundida era más que una leyenda: era el símbolo de una herida abierta.

El viento sopló fuerte, y el puente gimió. Daniel apretó los puños. ¿Debía cruzar y enfrentar el pasado, o debía volver atrás y dejarlo todo enterrado bajo las aguas?

En ese instante, el río cambió su canto. Ya no fue un murmullo, sino un rumor de voces. Daniel escuchó su nombre, suave pero nítido. Se inclinó sobre la baranda y el olor a madera podrida lo envolvió. Las piedras del fondo parecieron moverse, y la imagen de la casa se hizo más clara. Vio la puerta entreabierta, como invitándolo a entrar.

—No... —murmuró—. No puedo.

Pero las voces continuaban: la de su abuela, la de su madre, incluso la de su padre. Todas mezcladas en un susurro de agua. *“Cruza, Daniel. El puente no está para escapar, sino para volver a unir lo que se rompió”*.

Las lágrimas le nublaron los ojos. Dio un paso más, y luego otro. Cada tablón protestaba, pero lo sostenía. En su mente, imágenes se sucedían: su abuela bordando en la vieja sala, el olor a pan recién hecho, la risa de su madre en la ventana azul. No eran

fantasmas, eran memorias que reclamaban un lugar.

Al llegar al final del puente, el río se serenó. El reflejo de la casa se deshizo como una sombra en la corriente. Daniel se arrodilló en la tierra húmeda y comprendió: la casa hundida bajo el agua no era un lugar físico que pudiera recuperar. Era la suma de las ausencias, los silencios y los recuerdos que habían marcado su vida. El puente le había mostrado lo que debía entender: no se trataba de rescatar el pasado, sino de aprender a cruzarlo.

Esa noche, en la casa heredada, Daniel abrió las ventanas. El aire frío del río entró con fuerza, pero ya no lo asustaba. Sacó las cartas y fotografías que llevaba consigo y las colocó sobre la mesa. No las quemó ni las arrojó al agua. Las dejó allí, como se deja una ofrenda en un altar.

Mientras la luna iluminaba el puente a lo lejos, Daniel comprendió que había encontrado su respuesta. Los puentes no existen solo para unir pueblos o caminos. Existen para recordarnos que lo hundido en

la memoria también puede ser cruzado, que incluso las casas que el agua arrastra permanecen vivas en nosotros si nos atrevemos a escucharlas.

El viejo puente, con su crujido y sus cicatrices, le había dado la enseñanza que tanto necesitaba: que la vida no es elegir entre hundirse o huir, sino atreverse a cruzar aun con el peso de lo perdido. Y que a veces, lo más importante no es rescatar la casa bajo el agua, sino descubrir que, en lo profundo, uno mismo ha sido siempre el hogar.

Taller de Comprensión Lectora

Texto base: *La casa hundida bajo el agua*

Objetivo del taller

Desarrollar en los estudiantes la **comprensión literal, inferencial y crítica**, promoviendo la **interpretación simbólica** de la casa, el puente y el río como metáforas de la memoria y el pasado. También fortalecer la capacidad de **analizar personajes, reconocer valores (perdón, reconciliación, resiliencia)** y relacionar la literatura con experiencias personales.

1. Actividades de Anticipación (Antes de leer)

1. Juego “Objetos que hablan”

- El docente muestra imágenes de casas antiguas o ruinas.
- Los estudiantes inventan una frase corta que esa casa podría decir si hablara.

2. Preguntas disparadoras

- ¿Qué sentimientos despierta una casa abandonada o sumergida?
- ¿Crees que los lugares guardan recuerdos? ¿Por qué?
- ¿Qué historia podría esconder un título como *La casa hundida bajo el agua*?

3. Dinámica breve “El puente imaginario”

- En parejas, los estudiantes dicen qué dos cosas uniría un puente mágico: dos épocas, dos mundos, dos personas, etc.

2. Actividades Durante la Lectura

1. Predicciones en pausa

- Antes de que Daniel vea el reflejo de la casa: *¿Qué creen que encontrará bajo el agua?*
- Cuando escucha las voces del río: *¿Qué representan esas voces?*

2. Frases clave

- Subrayar expresiones simbólicas (ej. *“El puente une lo que el agua separa, pero también guarda lo que la memoria no quiere perder”*).
- Compartir en pequeños grupos qué significan esas frases.

3. Notas y dibujos al margen

- Escribir comentarios cortos (*“El río es como un espejo del pasado”*).
- Dibujar la casa reflejada bajo el agua o a Daniel sobre el puente.

3. Actividades Después de la Lectura

Comprensión literal

- ¿Quién es Daniel?
- ¿Qué recordaba sobre la casa hundida?
- ¿Qué escuchó al inclinarse sobre el puente?

Comprensión inferencial

- ¿Qué simboliza la casa hundida bajo el agua?
- ¿Por qué el puente es clave en la decisión de Daniel?
- ¿Qué significa que el río guarde la casa en su “regazo”?

Comprensión crítica

- ¿Crees que todos cargamos con “casas hundidas” en nuestra memoria?
- ¿Es posible reconciliarse con el pasado aunque no podamos cambiarlo?
- ¿Qué enseñanza del cuento se aplica a nuestra vida cotidiana?

4. Dinámicas Lúdicas

1. Dramatización breve

- Estudiantes representan la escena en que Daniel enfrenta el reflejo de la casa y escucha las voces del río.

2. Finales alternativos

- Un grupo imagina que Daniel logra recuperar la casa.
- Otro que decide olvidar todo.
- Otro que la casa emerge y se convierte en un nuevo hogar.

3. Quiz en equipo

- Preguntas rápidas tipo concurso sobre personajes, símbolos y acciones del cuento.

4. Rompecabezas de frases

- Se reparten frases del cuento desordenadas y los equipos deben reconstruirlas.

5. Juego de roles

- Un estudiante es Daniel, otro el río, otro el puente y otro la casa.
- Cada uno expresa lo que siente o representa en improvisación.

5. Producto Final Creativo

- **Afiches:** con ilustraciones del puente y la casa bajo el agua, acompañados de frases del cuento.

- **Cómics:** narración en viñetas de la historia de Daniel y la casa hundida.
- **Podcast:** narrar el cuento con sonidos de agua, viento y madera crujiente.
- **Video corto:** dramatizar el momento en que Daniel enfrenta el pasado.
- **Escrito breve:** *“Mi casa hundida: un recuerdo o miedo del que quiero liberarme”*.

6. Cierre Reflexivo

- **Frase inspiradora:** *“La vida no es elegir entre hundirse o huir, sino atreverse a cruzar aun con el peso de lo perdido”*.
- **Lluvia de ideas:** ¿Qué “casas hundidas” (miedos, recuerdos, errores) necesitamos soltar para seguir adelante?
- **Conversación guiada:** ¿Cómo los puentes en nuestra vida nos ayudan a transformar recuerdos dolorosos en aprendizajes?

Bajo las aguas de un río silencioso duerme una casa que nunca desapareció del todo. Sus muros sumergidos guardan memorias, voces y heridas que el tiempo no logró borrar. Daniel, marcado por el recuerdo de aquella pérdida, regresa al puente que une no solo dos orillas, sino también el presente con lo que aún duele del pasado.

La casa hundida bajo el agua es un relato poético y reflexivo sobre la memoria, los lazos familiares y el poder de atreverse a cruzar los puentes que nos enfrentan con nosotros mismos. Una historia que nos invita a reconocer que lo hundido no siempre está perdido: a veces permanece en nosotros como una lección que espera ser escuchada.



EDITORIAL
**Mundos
Alternos**

ISBN: 978-9942-7434-3-5

